BAJO RELIEVE DEL ATRIO DE LA IGLESIA DE S. HIPÓLITO.

MÉXICO VIEJO

CAPÍTULO I

LA LEYENDA DEL LABRADOR

México, la ciudad que fundó Tenoch en medio de los tulares, allá en el siglo XIV, está llena de tradiciones y leyendas, hijas unas de sus gloriosos recuerdos históricos, y otras que han surgido al calor de la poesía y de la imaginación.

El nombre de muchas de sus calles despierta la curiosidad del viajero, lo mismo que sus vetustos edificios consagrados ya al culto, como los templos; ya al recogimiento, como los monasterios; ya, en fin, á la beneficencia, como los hospitales y los asilos para los pobres.

¡Cuántos sucesos acuden á la mente del cronista, cuando recorre nuestras avenidas ó se detiene delante de las casas de aspecto ruinoso, ó de las iglesias que han visto entrar y salir por sus puertas muchas generaciones de fieles devotos!

Recorre las calles y á cada paso la historia y la leyenda, lo detiene y le dice: Aquí en la calle de Medinas existió la casa de la Malinche; allá en la Escuela de Medicina estuvo la Inquisición; más allá, en el Ex-Volador, se verificaron algunos autos de fe; aquí, en San Diego, estaba el *quemadero*; allá, por San Pablo, vivió D. Tomás Treviño y Sobremonte, á quien confiscó sus bienes y quemó vivo el Santo Oficio.

Las casas históricas se encuentran á cada paso, y es de sentirse que no haya en ellas una señal, una humilde inscripción que recuerde quiénes han vivido en ellas ó qué sucesos notables se han verificado

en sus recintos. Sólo la casa que habitó el insigne Barón de Humboldt, en la calle de San Agustín número 3, tiene una lápida conmemorativa; pero no la tienen, por ejemplo, la de la esquina de la Moneda y Santa Teresa, donde estuvo la primera imprenta, ni la de Santa Teresa y 2ª del Indio Triste, donde se dijo la primera misa, ni la del número 2 de esta última calle, donde vivió la ilustre Corregidora de Querétaro, ni la del 27 del Puente Quebrado, donde murió Pensador, ni la de la esquina de Tacuba y Santo Domingo, donde habitó el bibliógrafo Beristáin, ni tantas otras que podríamos citar si no temiéramos ser cansados y prolijos.

Lo repetimos, las calles, las plazas, los palacios, los templos, los mismos edificios particulares, abundan en recuerdos históricos, unos gloriosos y otros desgraciados; en acontecimientos legendarios, ya ciertos, ya verosímiles, ora puramente fantásticos; pero que el pueblo inculto cree á pies juntillas, y que se conservan por medio de la tradición oral desde épocas bien remotas, á pesar del sentido común y de la crítica histórica, porque son tradiciones del pasado que entretienen y admiran.

Entre los sitios históricos de la ciudad, hay uno que se encuentra íntimamente ligado con un recuerdo glorioso y una antiquísima leyenda, y este célebre lugar es el atrio de la iglesia de San Hipólito.

Delante del templo existió, en 1520, como dice el Sr. Orozco y Berra, "la segunda cortadura ó foso con fortificación que defendía la calzada (de Tacuba) que comunicaba la ciudad azteca con la tierra firme. En ese punto sufrieron los castellanos, durante la conquista, el mayor desbarato en la infausta jornada apellidada por ellos la Noche Triste. Cuantos sobrevivieron conservaron fresca la memoria de la sangrienta rota, y á fin de perpetuarla levantaron allí una pequeña ermita conocida por de Juan de Garrido, porque este soldado la construyó casi luego que fué reedificada la destruída Tenochtitlan. Poco después la ermita se llamaba de los Mártires, tal vez con la esperanza de hacer aparecer á los aventureros como defensores de la

fe." Más tarde, "la ermita en conmemoración del 13 de Agosto de 1521, en que fué tomada la ciudad, quedó dedicada á San Hipólito, nombre que todavía conserva."

Esto, por lo que respecta al suceso histórico, que, en cuanto á la leyenda, veamos cómo ha llegado hasta nosotros.

Refiere el Padre Fray Diego de Durán, en su "Historia de las Indias," que buscando Motecuhzoma un lugar donde ir á esconderse, temeroso de los sucesos de la conquista, que pronto se iban á verificar, aconteció un caso prodigioso con un indio de Tetzcoco, natural del pueblo de Coatepec; y fué el caso, que hallándose dicho indio, que era labrador, cultivando su milpa con el mayor sosiego y sin que lo inquietase pena alguna, vió venir de lo alto una águila poderosísima y majestuosa, la cual echándole garra de los cabellos, lo subió á una altura tal, "que los que lo vieron ir casi lo perdieron de vista."

Después lo condujo á un elevado monte, donde había una oscura cueva, á la que penetró el águila con el indio, quien una vez allí, escuchó estas palabras pronunciadas por el ave:

— "Poderoso señor: yo e cumplido tu mandato y aquí está el labrador que me mandaste traer."

Una voz oculta respondió:

— "Séais bien venidos; metedlo acá."

Entonces lo tomaron de la mano y lo introdujeron á un aposento iluminado, en el que vió á Motecuhzoma dormido. Se le hizo sentar, le dieron unas rosas y "un humaço de los que ellos usan chupar, encendido," y el que se lo ofreció le dijo:

— "Toma y descansa y mira ese miserable de Montecuma quál está sin sentido, embriagado con su soberbia é hinchazón, que á todo el mundo no tiene en nada; y si quieres ver quán fuera de sí le tiene esta su soberbia, dale con ese humaço ardiendo en el muslo y verás cómo no siente."

El indio temeroso, no se atrevió á ejecutar lo que se le mandaba; pero instigado de nuevo, aplicó el fuego á Motecuhzoma, el cual permaneció inmóvil y sin sentido.

Y la voz volvió á decir.

—"¿Ves cómo no siente y quán insensible está y quán embriagado? pues sábete que para este efeto fuiste aquí traido por mi mandado; anda, ve, vuelve al lugar de donde fuiste traido y dile á Montecuma lo que as visto y lo que te mandé hacer; y para que entienda ser verdad lo que le dices, dile que te muestre el muslo y enséñale el lugar donde le pegaste el humaço, y hallará allí la señal del fuego; y dile que tiene enojado al Dios de lo criado y que él *mesmo* se a buscado el mal que sobre él a de venir y que ya se le acaba su mando y soberbia: que goce bien de esto poquito que le queda y que tenga paciencia, pues él *mesmo* se ha buscado el mal."

MOTEZUMA.
(Tomado de la *Historia de Carlos V*, por Sandoval.)

La voz ordenó que el águila de nuevo llevara al labrador al sitio de donde lo había traído, y cuando hubieron llegado allí, el águila le dijo al indio:

—"Mira, hombre baxo y labrador que no temas, sino que con ánimo y corazón hagas lo que el Señor te ha mandado, y no se te olvide algo de las palabras que as de decir."

Y el águila tornó á subir por los aires y desapareció para siempre.

El humilde labrador, como quien despierta de un sueño, quedose espantado y admirado de aquello que había visto, pero sin darse cuenta, con el fuego aun encendido que llevaba en la mano, fué al palacio de Motecuhzoma, entró y de rodillas ante el Monarca, le dijo:

—"Poderoso Señor: yo soy natural de Coatepec y estando en mi sementera labrándola, llegó un águila y me llevó á un lugar donde *vide* á un gran Señor poderoso, el qual me dijo descansase, y mirando á un lugar claro y alegre te *vide* sentado junto á mí y dándome unas rosas y una caña ardiendo (para) que chupase el humo de ella: despues que estaua muy encendida me mandó te hiriese en el muslo, y te herí con aquel fuego y no hiciste ningún movimiento ni sentimiento del fuego, y diciendo quán insensible estabas y quán soberbio, y como ya se te acababa tu reynado y se te acercaban los trabajos que as de ver y experimentar muy en breve, buscados y tomados por tu propia mano y merecidos por tus malas obras, me mandó volver à mi lugar y que luego te lo viniese á decir todo lo que auía visto; y el águila tomándome por los cabellos me volvió al lugar de donde me auía llevado, y vengo á te decir lo que me fué mandado."[1]

Al instante Motecuhzoma recordó que la víspera en la noche había soñado que un indio le quemaba el muslo, se levantó el vestido, se vió la señal de la quemadura, y comenzó á sentir un gran dolor que lo tuvo varios días en cama; pero antes ordenó á sus alcaides y carceleros que encerrasen al indio en una prisión, y no le dieran de comer para que se muriese de hambre, como en efecto sucedió.

Tan interesante tradición, de un origen eminentemente azteca, ha sido esculpida en la piedra que existe en el ángulo que forman las tapias del cementerio de San Hipólito.

Ahí se puede contemplar una hermosa y grande águila, que con sus garras lleva al indio, el cual en su rostro demuestra estar poseído de mucha aflicción y espanto; sólo encubre su desnudez una enagüilla de plumas que le baja hasta cerca de la rodilla, y en la cabeza ostenta un penacho también de plumas. Más abajo se puede ver un trofeo, formado de arcos, flechas, macanas, carcax, hondas y otros

1. *Historia de las Indias de Nueva España*, por Fr. Diego Durán; tomo I, cap. LXVII, págs. 516 y 517.

objetos, entre los cuales sobresale en la parte superior, cerca de una de las piernas del indio, un leño encendido.

La piedra se halla rematada por el escudo que contiene una inscripción, en la que se menciona el descalabro que ahí sufrieron los españoles, su triunfo el 13 de Agosto, la fundación de la ermita consagrada á San Hipólito, y la edificación de la iglesia posterior que quedó á cargo del Ayuntamiento, "y que fué comenzada en 1599."

Tal es el significado de ese relieve que muchos viajeros y vecinos de la ciudad contemplan sin entenderlo: cada uno lo interpreta á su modo, nadie atina con la verdad, y depende esto de que la leyenda consta en antiguos cronistas que no todos han leído.

En resumen, el monumento que hemos historiado puede ser un símbolo que conmemore la terrible derrota sufrida en la Noche Triste por los castellanos, la piedad de los que sobrevivieron, y la tiranía y crueldad de Motecuhzoma II, el pusilámine Monarca de los aztecas.

CAPÍTULO II

LOS MÁRTIRES DEL TESORO